

## **UC Merced**

### **TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World**

#### **Title**

Limitaciones de la política marroquí en relación con el Sahara Occidental

#### **Permalink**

<https://escholarship.org/uc/item/9zf3m9ww>

#### **Journal**

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World, 5(3)

#### **ISSN**

2154-1353

#### **Author**

López García, Bernabé

#### **Publication Date**

2015

#### **DOI**

10.5070/T453029640

#### **Copyright Information**

Copyright 2015 by the author(s). This work is made available under the terms of a Creative Commons Attribution License, available at <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>

Peer reviewed

## Limitaciones de la política marroquí en relación con el Sahara Occidental<sup>1</sup>

---

BERNABÉ LÓPEZ GARCÍA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

**Abstract:** Marruecos parece no aceptar que internacionalmente no se reconoce la marroquinidad de lo que considera sus “provincias del sur”, el Sahara Occidental, al no reconocer el derecho a la palabra de las poblaciones oriundas del territorio. Ahí reside la principal limitación de su política hacia la región sahariana. En este artículo se defiende, por medio de una argumentación histórica, que la asociación del Sahara Occidental con Marruecos podría aportar ventajas tanto a marroquíes como a saharauis, poniendo fin de manera definitiva a un conflicto demasiado largo y que provoca tanto sufrimiento en la población saharauí, al mismo tiempo que crea continuos problemas internacionales a Marruecos. Pero para ello, las autoridades de este país deben aceptar que quien tiene la llave no son otros que los propios saharauis y que sin una verdadera democracia y un estado de derecho que les haga sentir en confianza y con sus derechos garantizados, la integración nunca podrá ser posible. Las reticencias mostradas para acabar con la política de excepción que vive el territorio del Sahara controlado por Marruecos, en comparación con el clima general que vive el país, dificultan que se avance hacia una solución del problema.

Parto de la idea—que entiendo que a muchos les cueste creer—de que podrían no faltarle a Marruecos razones para justificar su reivindicación histórica del Sahara Occidental. Y no me refiero al famoso mapa imperialista de Allal el Fassi que incorporaba Mauritania y partes de Argelia y Mali, ni a referencias históricas de la época de los almorávides, que emprendieron la conquista del Magreb y al Andalus desde los confines del mismo Sahara. Juan Goytisolo en 1976 se atrevió a decir lo mismo, suscitando “el tole, o más bien el griterío”—eran sus palabras—de la izquierda española (1976a, 1976b, 1976c). Me refiero, como lo reconoció el propio Tribunal de la Haya en aquel ambiguo dictamen de 1975, a los vínculos legales de lealtad entre el Sultán marroquí y algunas—precisaba el propio texto, sólo algunas—tribus saharauis que indicaban cierta autoridad o influencia sobre ellas, vínculos que en época reciente habían llevado a la lucha conjunta con el Ejército de Liberación Marroquí en aquella guerra de 1957 en Ifni y el Sahara contra el colonizador español, que terminó con la Operación Écouvillon, en que el Ejército francés salvó al español de una derrota.<sup>2</sup> Esta guerra movió a España a provincializar el enclave de Ifni y el Sahara Occidental, deshaciéndose al mismo tiempo en 1958, mediante cesión a Marruecos por el tratado de Sintra, del trozo saharauí colindante con su colonia que había estado

sometido a régimen de protectorado bajo la denominación de “Protectorado sur de España en Marruecos”.

No voy a seguir por este camino que no conduce ya a ninguna parte, pues el problema, que ha cumplido cuarenta años, se encuentra situado en otros parámetros que no son los históricos. Mi posición en esta cuestión, que defiendo desde hace décadas, es que estoy convencido de que en la unión del Sahara Occidental con Marruecos, con un Marruecos democrático que hay que ayudar a construir, capaz de respetar la idiosincrasia y personalidad del Sahara, así como los derechos a la libertad y al autogobierno de sus habitantes, resultaría un país más capacitado para convertirse en una nación moderna y abierta, capaz de hacer frente a los fanatismos que hoy existen en el mundo islámico. La experiencia mauritana, al borde siempre del estado fallido, a la merced de sus dos potentes vecinos, Argelia y Marruecos, que han intentado durante decenios ejercer su influencia propulsando numerosos golpes de estado en su beneficio, me ha movido a ayudar a formar esta opinión. Hoy no existe todavía ese Marruecos democrático, respetuoso de los derechos de sus ciudadanos, encerrado como está en una visión estrecha en que, detrás del eslogan de una autonomía para el Sahara nunca concretada, se niega a los saharauis derechos imprescindibles.

Voy a intentar, tras estos puntos de partida, señalar en qué aspectos, siempre desde mi punto de vista, Marruecos ha equivocado su propio guión para conseguir su objetivo del reconocimiento internacional de lo que estima su derecho a formar una nación unida con el territorio del Sahara Occidental. Ahí es donde residen las limitaciones de su política saharauí, que nunca reconoció el derecho a la palabra de las poblaciones oriundas del territorio. De cualquier manera, antes creo necesario hacer algunas observaciones que pueden ayudar a situar el tema y a entenderlo. La dictadura franquista, añadida al sistema colonial, produjo el aislamiento de la sociedad saharauí respecto a las ideas y las solidaridades de su entorno. Si la Francia colonial o la Inglaterra imperial, comprendiendo que los tiempos habían cambiado tras la segunda posguerra mundial, tuvieron que abrir su sistema de dominación a la autorización de corrientes de opinión en el seno de sus sociedades colonizadas, consintiendo, de grado o de fuerza, partidos políticos y movimientos de liberación con los que tuvieron que negociar las independencias, la España franquista impidió en el Sahara occidental—al contrario de lo que había hecho en el norte de Marruecos durante la Guerra Civil española—todo contagio exterior y por supuesto, toda relación con los nacionalismos marroquí o mauritano que corrían en los años 50 y 60, fomentando el aislamiento de la sociedad saharauí, como queda documentado en el archivo

de Luis Rodríguez de Viguri.<sup>3</sup> Se llegó así, en época muy tardía, en 1974, obligada por la sociedad internacional, a decidir descolonizar sin más interlocutores que un PUNS<sup>4</sup> prefabricado ese mismo año y un Frente Polisario creado un año antes.

Que España cerró el territorio a toda influencia exterior lo confirma un escrito secreto del Alto Estado Mayor titulado “El Sahara español y los territorios vecinos”, fechado en abril de 1960, escrito a propósito de la provincialización de Ifni y el Sahara, que tacha a ésta de medida artificial hecha “de modo unilateral y sin contar con la población indígena que no está asimilada y sin existir asentada una minoría española que pudiera justificarlo” (s.p.). Aunque decía considerar que la presencia española en los territorios contaba con firmes fundamentos jurídicos, reconocía que las circunstancias internacionales—léase, el ambiente descolonizador reinante—podrían reducir el valor de dichos fundamentos. Por ello, expresaba su temor ante lo que consideraba la “peligrosidad de las reivindicaciones marroquíes [que] reside más que en la solidez de sus argumentos históricos, jurídicos, y sociales, en el apoyo que pueden tener por parte de los indígenas de los territorios reclamados y en el ambiente internacional” (5). Y lo que proponía era, ni más ni menos “sustraer a nuestros saharauis de la influencia de mauritanos y marroquíes” y llevar a cabo “una política antimarroquí, pero no nacionalista” (5). De ahí que se definiera una política para el Sahara consistente en alejar lo más posible a los saharauis del contacto natural con sus vecinos de Marruecos. Se trabajó con las elites del Sahara para alejarlas de todo proyecto común con los vecinos, incluso enemistarlos, fomentando la idea de que se trataba de una sociedad diferenciada del exterior por factores eminentemente culturales y también políticos, de un territorio aparte, con personalidad propia, sin vínculo alguno con el entorno.<sup>5</sup>

Era evidente que el saharauí de El Aaiún, de Esmara o de Bojador, poco tenía que ver—o al menos eran marcadas sus diferencias—con el tetuaní, o el rabatí, o el uxdí, pero ¿qué diferencias tenía, en cambio, con los habitantes de Tarfaya, Assa-Zag, Guelmim, Tan Tan o Tata, provincias reconocidas internacionalmente como marroquíes y limítrofes con el Sahara Occidental? Buena prueba de las similitudes es cómo se han sentido identificados muchos de los habitantes de estas provincias con la causa saharauí.<sup>6</sup> No puede olvidarse tampoco que existieron sectores saharauis proclives a una relación más estrecha con sus vecinos marroquíes o mauritanos. Lo demuestra el hecho mismo de que el Frente Polisario nace muy ligado a los hijos de los saharauis refugiados en Marruecos tras la mencionada guerra de Ifni-Sahara, como explica Bensaid Ait Idder en su monografía (Idder 2001 s.p.). Esos hijos sí tuvieron contacto con las ideas y corrientes de opinión que circulaban en los

años 60 y 70 y concibieron un proyecto descolonizador para el Sahara. Una de las primeras limitaciones de la política marroquí en relación con el Sahara Occidental fue precisamente oponerse y no sostener—o ayudar a definir—ese proyecto cuando emergieron estos sectores en aquellos años, al considerarlo demasiado escorado hacia el nacionalismo árabe progresista de la época.

La periodista y escritora Zakya Daoud, poco sospechosa de defender el régimen de Hassan II, recuerda en su libro *Maroc. Les années de plomb 1958-1988. Chroniques d'une résistance*, su encuentro en Casablanca en la redacción del diario *Maghreb informations*, del sindicato UMT, a principios de los años setenta, con un grupo de jóvenes saharauis de Rabat, donde estudiaban, entre ellos el que habría de fundar el Polisario, El Uali Mustafa Sayed. Estos jóvenes, que esbozaban ese proyecto, contaron “la situación (guerra entre sedentarios y nómadas, detenciones entre los nómadas, ocupación), sus reivindicaciones, subrayando que [querían] seguir en la órbita marroquí con poco que se les ayudase a liberar su país del yugo español” (175). Más tarde, cuenta la periodista, se enteraría de que fueron arrestados en el momento de pasar la frontera huyendo de la represión de Ufki y creando poco después el Polisario en tierra argelina, tras unas gestiones infructuosas en Mauritania. “Con la distancia” diría la autora, “se puede medir la ocasión perdida” (175). Fue una ocasión perdida, para que no hubiera habido ese desencuentro, esa guerra, ese éxodo, esos refugiados, ese problema. Fue una ocasión perdida, también, pues, para Marruecos.

No debe olvidarse el doble contexto en el que esos jóvenes saharauis se movían. De un lado, en el contexto nacional marroquí, la dictadura hassano-ufkiriana cerraba el paso a toda opinión de oposición. El jacobinismo de su proyecto nacional era incapaz de reconocer cualquier manifestación de autonomismo o de especificidad regional. Lo habían demostrado en el Rif en 1958, donde aplastaron de manera violenta la insurrección en la región, sin atender para nada las razones que la provocaron. Se dejaron de lado proyectos como el que el economista y antropólogo franco-marroquí Paul Pascon, padre de toda una generación de los mejores intelectuales y sociólogos marroquíes de ayer y aún de hoy, elaboró para un desarrollo acelerado del Sahara en los planos humano y social, con particular defensa del patrimonio saharauí. No sólo el Estado marroquí sino el partido dominante en la época, el Istiqlal, participaba de esa visión centralista del Estado, que aquellos sectores jóvenes acusarían de chovinista.

De otro lado, el contexto internacional de fines de los 60 y principios de los 70, marcado por la derrota árabe de 1967, radicalizó el nacionalismo árabe en un Frente de Rechazo. Este frente, liderado por unos países dominados por el partido Baas, era defensor

de una revolución transnacional árabe que inspiró aquel primer proyecto saharauí que veía el fin de la colonización en el territorio como una etapa de la revolución árabe y que iba a acabar con las fronteras chovinistas nacionales. Algunas trazas de este proyecto se pueden encontrar escritas en los últimos números de la revista marroquí *Souffles/Anfús*, en artículos inspirados o escritos por el propio El Uali, como el que se tituló, un tanto premonitoriamente, “Nueva Palestina en tierra del Sahara” publicado en 1972 y que apareció luego traducido por de Rita Baddou. Se cortaron así los lazos con esta generación de jóvenes saharauis formados en universidades marroquíes, que hubieran podido servir de puente para un proyecto marroquí para el Sahara, Marruecos se privó de una política de atracción de la población del territorio. El tardío nacionalismo saharauí, rechazando la vía prefabricada que el colonialismo español trató de crear con el PUNS, no quiso encontrar en la dictadura marroquí un modelo a seguir y optó por la vía revolucionaria e independentista que el régimen libio primero y más tarde el argelino, le ofrecieron.

Marruecos nunca supo reconocer que en el Sahara había condiciones específicas que exigían una política propia hacia un territorio alejado forzosamente por el colonialismo franquista de sus regiones contiguas. Y nunca lo tuvo en cuenta en las vías ensayadas por Hassan II para incorporar el territorio, que pasaron por tres estrategias o fases en las que tampoco se tuvo en cuenta para nada a las poblaciones que allí vivían. Una primera fase fue el intento de negociación con España para una retrocesión a través de un acuerdo preferente sobre cuestiones territoriales, que hubiera hibernado la reivindicación marroquí sobre las ciudades de Ceuta y Melilla. Tuvo lugar en el año 1963 a través de una entrevista con el embajador Manuel Aznar para que pasase un mensaje al gobierno español y se cerró con el fracaso del encuentro entre el rey marroquí y Franco en el aeropuerto de Barajas en agosto de ese año (Torres García 2012, 2013 s.p.). Una segunda fase consistió en una concertación con los estados vecinos, Mauritania y Argelia, para una estrategia común en instancias internacionales que forzara a España a descolonizar el territorio.<sup>7</sup> Marruecos intentó sin éxito bilateralizar el tema con España y debió asumir que Mauritania—a la que no había reconocido hasta 1969 por sostener que su territorio era parte integrante de un Marruecos histórico—no cedía en sus reivindicaciones territoriales sobre el Sahara Occidental. En el plano interno marroquí, fueron años de incertidumbre como consecuencia del fin del estado de excepción—que no del cese de la represión de la oposición—y de los dos atentados reales de 1971 y 1972. El partido nacionalista Istiqlal continuará presionando al monarca para la recuperación del Sahara, sin perdonarle el haber “renunciado” a Mauritania. En el otro polo del espectro político, en el ilegal pero tolerado

Partido de la Liberación y del Socialismo (antiguo PCM), la cuestión del Sahara preocupará igualmente. Su secretario general Alí Yata publicó en 1972 la obra *Le Sahara Occidental marocain*, prohibida por las autoridades que no parecían aceptar lecciones de patriotismo.

Más a la izquierda, el grupo Ila al Amam, cercano a la revista *Souffles/Anfás*, defenderá en cambio el derecho de las poblaciones del Sahara a la autodeterminación, siendo tratados como traidores al sentimiento nacional y condenados a duras penas de prisión. Entre los condenados estarán el poeta Abdellatif Laabi<sup>8</sup> y el ingeniero Abraham Serfaty, cuyo artículo “Les fondements historiques de la lutte de libération nationale du peuple sahraoui et sa cristallisation de 1955 à 1976” describe bien la posición del grupo. Argelia formará parte en un primer tiempo de las concertaciones de Marruecos con sus vecinos, llegando a apadrinar—o al menos a decir aceptar—una partición del territorio entre Mauritania y Marruecos. A pesar del contencioso territorial con Marruecos desde la Guerra de las Arenas en 1963, ciertos signos hacían pensar que se había llegado a superarlo, como el acuerdo fronterizo de 1969 entre Bumedian y Hassan II, nunca refrendado. Pero el acercamiento de España a Argelia en febrero de 1972 con las propuestas de amplia cooperación económica del ministro español de Asuntos Exteriores, Gregorio López Bravo, que serían el punto de arranque de unos controvertidos acuerdos sobre el gas natural, parece que contribuyó a colocar a Argelia del lado español en el tema del Sahara, cuando España se decide a organizar el referéndum en el territorio.<sup>9</sup> Una estrategia añadida de la política de Hassan II en relación con el Sahara fue la promoción de grupos armados como el MOREHOB de Eduardo Moha<sup>10</sup> o el Frente de Liberación y de la Unidad, para hostigar al ejército español, esperando encontrar apoyos entre la población del territorio, pero no dieron el resultado que las autoridades marroquíes esperaban. Una tercera y última fase arranca con la Marcha Verde y una política interior de distensión hacia las fuerzas políticas marroquíes favorables a la incorporación del Sahara a Marruecos, que incluyó la legalización del Partido del Progreso y del Socialismo (nueva versión del exPCM) y de la Unión Socialista de Fuerzas Populares, escisión del antiguo partido de Ben Barka, la UNFP. Siempre las estrategias de Marruecos en relación con el Sahara se producían en clave interior, sin contar para nada con las poblaciones del territorio, con las que no habían sido viables relaciones abiertas.

Hasta ahora he hablado sobre todo de condicionantes de la política marroquí en el Sahara más que de limitaciones. Estas comienzan, lo decía al principio de este artículo, con el no reconocimiento de que en el territorio habitaban unas poblaciones con las que era obligatorio concertarse. Aunque cabe preguntarse si en aquel contexto y con aquellos

regímenes no democráticos era posible algún tipo de concertación. La población saharauí importó poco en todas estas transacciones entre los Estados magrebíes. Cada uno de ellos mantenía una relación más o menos estrecha con notables saharauis de su margen vecina y Argelia logró hegemonizar al joven movimiento nacionalista que aspiraba a la independencia, el Frente Polisario. España fracasó en su proyecto de crear un partido neocolonial que hubiera prolongado su dominio, consiguiendo, eso sí, que Marruecos y Mauritania no logaran organizar sus apoyos en el territorio.

La no organización en corrientes de opinión fuera de un artificial PUNS creado a última hora por España y el flamante Polisario que empezaba a reunir a jóvenes con ansias de libertad, dieron al traste con cualquier posibilidad de compromiso o concertación. El espectro de la guerra fría, que enfrentaba en campos opuestos a marroquíes y argelinos, no ayudaba naturalmente a ello. Los acuerdos de Madrid tras la presión de la Marcha Verde sobre el régimen franquista agonizante, fueron la concreción y la oficialización de lo que secretamente habían acordado los jefes de Estado de Marruecos y Mauritania en junio de 1972, corroborado más tarde en octubre de 1974 ante los mandatarios de los países árabes en una cumbre en Rabat, en ambos casos con la bendición y el apoyo del presidente Huari Bumedián, testigo de la rúbrica como explican Inmaculada Cordero Olivero y Encarnación Lemus López en su artículo “La cuestión del Sahara: una visión desde el ‘Quai d’Orsay’”. Aquel acuerdo secreto de 1972 preveía no sólo una concertación a tres en el tema sahariano, con el reparto del territorio entre sus vecinos del norte y el sur, sino también un arreglo permanente del conflicto fronterizo argelo-marroquí, así como proyectos de cooperación económica y política entre los tres países magrebíes.

Argelia se desmarcó en el último momento tras aquella cumbre de Rabat sin que sus razones hayan quedado suficientemente dilucidadas. Cinco días antes de la firma de los acuerdos de Madrid, el 10 de noviembre de 1975, el presidente Bumedián se encontraría en Bechar con el presidente mauritano Ould Daddah, en un intento intimidador—según narra este último en sus memorias (Daddah 2003)—de impedirle firmar los acuerdos. Estos confirmarían la partición del Sahara Occidental que duraría tan sólo cuatro años escasos al abandonar la empresa una Mauritania impotente y asediada. El mismo líder del Polisario, El Uali, moriría en 1976 en un asalto armado a Nuakchott, sin que jamás se establecieran con exactitud las razones de la acción casi suicida y las causas de su muerte. Visto desde el interior de Marruecos y en boca de uno de sus intelectuales más conocidos, Abdallah Laroui, aquel de 1974 fue un momento verdaderamente crítico en el que Marruecos hubo de optar entre aceptar la autodeterminación de los habitantes del Sahara, con los riesgos de

perder la partida, o el aislamiento internacional como resultado de dar la espalda a la doctrina y decisiones de las Naciones Unidas. Así describía Laroui el 21 de agosto de 1974 este momento en su diario, *Pensamientos de la mañana*:

Todos temen que las Naciones Unidas establezcan el principio del derecho a la autodeterminación de los habitantes del Sahara y que la Organización para la Unidad Africana siga su ejemplo. Si Marruecos rechaza la resolución de la ONU, las autoridades españolas organizarán el referéndum sin él, y si defiende por la fuerza su derecho, se encontrará aislado internacional y regionalmente. La frágil situación interna ha hecho que no se preste atención a lo que dice Marruecos. (43-44)

Esa referencia a la “frágil situación interna” no era sino un eufemismo para calificar al régimen marroquí, que no se había repuesto tras los golpes de estado de dos años antes. Pero la fragilidad no era sólo interna sino a escala internacional y de ahí que no se tuviesen en cuenta las aspiraciones marroquíes en la cuestión. Laroui no puede por menos que ver a Argelia detrás de la cuestión:

Lo cierto—dirá—es que Argelia está sumida en el chovinismo y el pragmatismo a ultranza, bajo la influencia de una elite bereber contraria al régimen marroquí y a su impronta árabe e islámica. Sigue intencionadamente la misma política de Evian, es decir, dividir a los argelinos y a los franceses. No es cierto que sea una política revolucionaria que pretenda liberar a los pueblos y garantizar la estabilidad de la región. A pesar de su discurso sobre la autenticidad, la mayoría de los líderes argelinos desconocen las verdades de la historia, incluso de la argelina. (43-44)

Ante el dilema que entreveía Laroui, Marruecos opta por una tercera vía: el recurso al Tribunal de La Haya en busca de una legitimación de su postura. Pero lo hará con el falso convencimiento—así lo señala Laroui en su diario íntimo—de que la corte de La Haya tomaría en consideración la existencia de un “derecho internacional islámico”. Pues conviene recordar, como hacía Laroui el 5 de octubre de 1975, que tres lógicas se oponían en la cuestión a dirimir por el alto tribunal:

En lo que se refiere al concepto de soberanía —dirá Laroui—, Marruecos se apoya en la lógica de la ley islámica, mientras que Mauritania lo hace en la lógica tribal; y España y Argelia, en la lógica colonial occidental, que dictamina que la soberanía anterior al expansionismo europeo no es, en el mejor de los casos, concluyente. (84)

Laroui escribe antes del dictamen del Tribunal, por lo que dice a continuación:

No es extraño que el dictamen de La Haya se incline por esta última teoría, sobre todo porque la intromisión argelina habrá reforzado las ideas preconcebidas de los gobernantes europeos. Puesto que la pregunta original fue modificada a causa de la interpretación argelina, ya no era vinculante para Marruecos, porque incluía una valoración del régimen marroquí. Lo máximo que los jueces internacionales pueden manifestar es que las pruebas de Marruecos, en su opinión, no son suficientes para demostrar la soberanía. El derecho consuetudinario de Marruecos no es vinculante para los otros países, como el derecho de los otros países no es vinculante para Marruecos. (84)

La verdadera limitación de la política marroquí siempre estuvo en esa ignorancia consciente de que la lógica imperante en 1975 no era la del pasado, en el que se podían encontrar razones históricas que justificaran sus aspiraciones, sino la de un presente con otros imperativos que obligaban a tener en cuenta a los protagonistas del asunto en cuestión, los saharauis.

He hecho referencia a la ambigüedad del dictamen del Tribunal de La Haya porque daba razones a las tres lógicas (reconociendo a la vez vínculos de lealtad al Sultán, derechos territoriales de las tribus y necesidad de aplicar la resolución 1514 para la descolonización del Sahara), aunque se concluyera que la última era la dominante. Acogiéndose a esa ambigüedad y escogiendo sólo la parte favorable a Marruecos, el rey Hassan II movilizó a su pueblo lanzando la Marcha Verde, sin aclararle que con esa acción unilateral se oponía a las directrices del Tribunal y de las Naciones Unidas. Desde entonces, el discurso oficial marroquí y las convicciones de la opinión pública del país siempre han estado identificados con un unanimismo cerrado en el que no han cabido ni matices ni razonamientos. Cualquier disidencia en este punto fue considerada traición—así llegó a reconocerlo el rey Mohamed VI todavía en 2009—y los disidentes condenados a prisión o al ostracismo. Marruecos ocupó el Sakiet al Hamra—norte del Sahara—desde fines de 1975 en razón de los acuerdos de Madrid y el Uadi Eddahab—el sur, Río de Oro—desde la retirada de Mauritania en agosto de 1979. Fue una ocupación, la primera, a la fuerza, en la que encontró una fuerte resistencia que contestó a sangre y fuego, como ha documentado Carlos Martín Beristain, , en medio de un pánico que provocó el éxodo de decenas de miles de saharauis hacia los campos de Tinduf (5).

Otra limitación de la política marroquí en relación con el Sahara es no haberse atrevido a aclarar a fondo todo este episodio, enmascarado detrás de una guerra en la que Argelia fue parte activa y que ha servido a Marruecos de gran coartada para justificar este desencuentro con los saharauis. La ocasión que se presentó en 2003 con la encuesta llevada a cabo por la Instancia de Equidad y Reconciliación (IER) sobre los crímenes y violaciones de derechos humanos cometidos durante el reinado de Hassan II no fue bien aprovechada, pues no sólo dejó muchos casos de desaparecidos sin investigar, sino que además no estableció con claridad lo ocurrido en aquellos momentos de incertidumbre en que Marruecos se adentró en el territorio del Sahara tras la Marcha Verde. He recordado más de una vez en intervenciones públicas<sup>11</sup> que hace años me dijo en Rabat un alto funcionario marroquí muy cercano al dossier sahariano que uno de los elementos clave sin los que no empezaría a resolverse la cuestión era que Marruecos reconociera abiertamente la violencia con que comenzó su entrada en el Sahara, con hechos como el bombardeo de poblaciones civiles saharauis durante el éxodo hacia Tinduf en 1975.

Hablemos ahora de la gran limitación de la política saharauí de Marruecos: la desconfianza profunda hacia los oriundos del territorio. Si dejamos de lado el caso de algunos notables que obtuvieron prebendas y privilegios, como El Jatri Uld Said Yumani, que prestó la *beya* o pleitesía a Hassan II después de haber prestado la *allégeance* en 1957 a Francia y más tarde a Franco. Otro caso similar es el de Jalihenna Uld Rachid, exsecretario general del PUNS franquista y que decidió pasarse a Marruecos cuando cambiaron las tornas en los días de la Marcha Verde, por lo que se convertiría en personalidad influyente en la política del Majzén, la política marroquí en el Sahara fue siempre decidida desde Rabat y llevada a cabo por marroquíes. Los walis y gobernadores en la región fueron siempre marroquíes hasta que tras los sucesos de Gdym Izik, se nombró por primera vez al frente de la wilaya de El Aaiún a un saharauí, si bien este ya había hecho una larga carrera como wali con el Mazjén en otras provincias y regiones de Marruecos.

A partir de 1988, tras una crisis importante en el seno del Polisario que provocará una serie de deserciones de cuadros, algunos de estos se incorporan a Marruecos, conociéndose estos saharauis retornados como los *'aidín*. Pero ni siquiera éstos, salvo contadas excepciones, fueron utilizados en una política para intentar desmontar esa profunda desconfianza entre marroquíes y saharauis, negada siempre por Marruecos, que había ido ahondándose por la política de represión llevada a cabo por Rabat contra toda disidencia o manifestación cercana a las tesis independentistas (Hernández Moreno). Desde 1975 la política marroquí en el Sahara, dirigida hasta 1999 durante largos años por el

ministro del Interior Driss Basri, consistió en desaharauizar la gestión del territorio, por no decir el propio territorio, como me decía un industrial saharauí en Esmara: “Los marroquíes quieren un Sahara sin saharauis. De ahí que nos traten como a los siux en América”. Para ello, no sólo se dirigió el territorio por marroquíes, alejando a los saharauis de los puestos de dirección, sino que se fomentó el poblamiento del territorio por marroquíes llegados desde el norte para hacer fortuna, a los que se sumó, tras el plan de paz de 1991, el envío masivo de un contingente destinado a inflar—o torpedear en su caso—el censo que la MINURSO estaba tratando de establecer con miras al referéndum de autodeterminación. Paralelamente intentó dispersar a la juventud saharauí por universidades de Marruecos tratando de crear—sin ningún éxito—una elite fiel. El resultado de esta política de poblamiento fue crear unos asentamientos subvencionados —pues no tenían medios propios de subsistencia—, mal arraigados, en rivalidad perpetua con las poblaciones originarias del territorio, dando así lugar a enfrentamientos periódicos, muchos de ellos violentos.

Tras la destitución de Driss Basri por el nuevo monarca Mohamed VI en 1999, se intenta iniciar una nueva política, la que se llamó la *tercera vía* para el Sahara, tras la constatación por Naciones Unidas del *impasse* en la cuestión. El informe del Secretario General de las Naciones Unidas de julio de 2000 reconocía que,

Ninguna de las partes ha dado la impresión de que estaban dispuestas a presentar propuestas concretas para aproximar sus puntos de vista. Bien decididas, la una como la otra, a no hacer ninguna concesión en caso de victoria, no parecen dispuestas a examinar una solución que permitiera a la una y a la otra obtener no la totalidad sino una parte de lo que quieren. No parecen dispuestas a renunciar a su animosidad recíproca y a comenzar a negociar una solución política que arreglase su diferencia. (5)

Desde finales de ese año estaba claro para el entonces secretario general de la ONU, Kofi Annan, y para su enviado especial para el Sahara, James Baker, que no se avanzaría en la solución del problema, que ya llevaba un cuarto de siglo sin resolver, como indicaría más tarde el Secretario General en su informe de 2003: “a menos que el gobierno de Marruecos, como Potencia administradora del Sahara, estuviera dispuesto a ofrecer o apoyar la restitución de algunas funciones gubernamentales a los habitantes y antiguos habitantes del territorio, y que esta medida fuera genuina y sustancial y acatara las normas internacionales” (8). Pero Marruecos, va a tardar en concretar esa tercera vía hasta abril de 2007, en que propuso su iniciativa para una autonomía en el Sahara. Entre tanto, los dos planes de Baker

en los que intentó dar una concreción a la misma, fueron rechazados el primero por el Polisario y Argelia y el segundo por Marruecos. Pero aquella iniciativa de 2007, aunque decía ofrecer garantías y anchos espacios de participación a través de una amplia autonomía alternativa a la independencia, no era una verdadera política para el Sahara sino una vaga oferta que contradecía el quehacer diario de Marruecos en el Sahara y que, ocho años después, no se ha concretado aún en nada (Ottaway, El Messaudi s.p.).

En un seminario en El Aaiún, organizado en enero de 2011, dos meses después de los trágicos sucesos de Gdym Izik por la ONG *Asociación Alter-Forum* de un ex *aidín*, Bachir Edkhi, en el que participaron una cuarentena de cuadros saharauis de todo el espectro político, todos ellos coincidieron en la queja de que la autonomía prometida en la iniciativa de 2007 era sólo palabras, que no se había tratado en ningún momento en hacerlas realidad. Se insistía por parte de los participantes, saharauis todos que vivían y habían nacido en el territorio, en que la autonomía preconizada por la iniciativa de 2007 debería ser atractiva para que tuviera alguna eficacia. Pero no sólo para el Polisario, que era con quien Marruecos habría de negociar, demostrando dicha eficacia, sino también—y muy particularmente—para la población que allí vive. Debía además respetar las particularidades de esa tierra y debería, sobre todo, crear la confianza entre todos los grupos de población que allí viven, algo que no es del todo fácil, pues la política de poblamiento que se practicó en esa región ha generado una jerarquización de la población que ha producido resentimientos y una situación de desconfianzas múltiples, que está detrás de lo sucedido en noviembre en el campamento de Gdym Izik (López García “Sahara-Marruecos...” s.p.).

Se decía, también como conclusión en el debate de El Aaiún, que la autonomía era una promesa que no podía cumplirse mientras no se cambiase el marco que la hiciera posible y creíble: el marco constitucional que cambie la estructura del Estado, que acabe con ese centralismo jacobino y que reconozca el Marruecos plural que existe en la realidad y en la historia. Pero para ello es obligatorio establecer un clima de debate político en Marruecos, no sólo sobre este tema crucial del Sahara, en el que nadie se ha atrevido a argumentar críticamente, por miedo a hacerlo de manera divergente a ese unanimismo impuesto oficialmente y a correr el riesgo de ser considerado traidor. Todavía en 2001 el ministro de Comunicación, Mohamed Larbi Messari, decía en una entrevista que, “Su Majestad el Rey Mohamed VI es la única persona habilitada para debatir y proponer soluciones. Todo debate en torno a esta cuestión fuera del consenso nacional está prohibido” (s.p.). Felizmente ha habido periodistas marroquíes que se han atrevido a cruzar las líneas rojas y han visitado Tinduf, como Ali Lmrabet, Ahmed Benchemsí o Ali Anuzla.<sup>12</sup>

Quizás hoy, gracias a ello, se haya avanzado algo en este terreno, pero las carencias en el debate contribuyen a alejar una solución al problema.

Y llegamos al 2011, al momento crítico de la primavera árabe, escasos meses después de la acampada saharauí de Gdym Izik que algunos quisieron ver en ella un preludio de lo que ocurrió en Túnez y El Cairo en las plazas de la Kasbah y del Tahrir.<sup>13</sup> Marruecos vivió el momento bajo alta tensión, mientras esta se contenía en el Sahara, tal vez como consecuencia del trauma recientemente vivido o porque la vigilancia fue superior a la que sufrieron las provincias marroquíes en las que manifestaciones y protestas fueron costumbre durante seis meses. O quizás la razón fue que los propios saharauis no se sintieron concernidos por el debate nacional que recorrió calles y plazas en demanda de un cambio constitucional que la monarquía tuvo que aceptar afrontar. Pero la nueva constitución que demandaban los manifestantes del 20 de febrero y que el rey Mohamed VI prometió en su discurso del 9 de marzo, llegó el 1 de julio de 2011. Esta constitución hacía guiños a la cuestión saharauí, reconociendo en su preámbulo a la “componente saharo-hassani” como uno de los elementos que convergen en la identidad nacional y la unidad marroquí, y en el artículo 5º, junto con la cooficialidad de las lenguas árabe y amazig, el compromiso del Estado en la preservación del hassaní “como parte integrante de la identidad cultural marroquí unida”. Desmontaba al mismo tiempo la posibilidad de un reconocimiento del Sahara como una entidad o región con especificidades y derechos al prohibir en su artículo 7º la creación de partidos fundados sobre una base regional, contradiciendo cualquier posibilidad de un desarrollo de autonomía política, coartada además por la definición en la propia constitución en su artículo 145º de los walis o gobernadores como tuteladores de las instituciones regionales que la constitución marroquí pretendía impulsar en un sedicente nuevo modelo de organización territorial.

Desde hace años, sobre todo desde 2005, el Frente Polisario viene centrando su estrategia política en la denuncia de las continuas violaciones de los derechos humanos en el Sahara. Desde instancias internacionales se ha presionado para que desde la MINURSO se vigile este capítulo. Marruecos se ha opuesto en todo momento a esta competencia llegando en algún momento a tensiones graves con estados que parecían apoyar el tema, la más llamativa de todas la que le opuso a Estados Unidos en 2012 cuando este país estuvo a punto de apoyar una resolución del Consejo de Seguridad en esa dirección. Lejos de tomar nota de que la cuestión de derechos humanos es el principal reproche que internacionalmente se hace a Marruecos, sus autoridades se han mostrado incapaces de poner fin a esta política de violaciones. Aunque instancias como el Consejo Nacional de

Derechos Humanos, que ha creado secciones en El Aaiún y Dajla, han hecho recomendaciones para que se acabe con los juicios militares a civiles en el Sahara o se legalicen asociaciones como la Asociación Saharaui de las Víctimas de las Violaciones Graves de Derechos Humanos, la reticencia de Marruecos en este terreno ha sido siempre manifiesta. La reciente legalización de esta última asociación no ha impedido que se siga restringiendo su libertad de acción.

Todas estas son, a mi juicio, las verdaderas limitaciones de la política marroquí con respecto al Sahara, que parten de la no aceptación de que internacionalmente no se reconoce la marroquinidad del Sahara. Y si Marruecos quiere que un día ésta pueda finalmente admitida y reconocida internacionalmente, lo que, según he manifestado desde el principio de este artículo, podría aportar, siempre desde mi punto de vista, ventajas a marroquíes y a saharauis, poniendo fin a este demasiado largo conflicto, debe aceptar que quien tiene la llave no son otros que los saharauis y que sin una verdadera democracia y un estado de derecho que les haga sentir en confianza y con sus derechos garantizados, nunca podrá ser posible.

## Notas

<sup>1</sup>Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Curso de verano de la Universidad del País Vasco sobre “Derechos humanos y justicia transicional en el Sahara Occidental” en San Sebastián-Donostia, 2 septiembre 2015.

<sup>2</sup>Esta guerra, para algunos “ignorada” u “olvidada” según rezan los títulos de una extensa bibliografía española que le ha sido dedicada, cuenta con una larga nómina de autores, la mayor parte de ellos testigos de la misma, entre ellos José Ramón Diego Aguirre, Alfredo Bosque, Carlos Canales, Miguel Ángel del Rey, José Belles, Manuel Jorques, Benjamín Amo, Mariano Fernández-Aceytuno, Lorenzo Vidal, Gastón Segura, Josep Maria Contijoch. También del lado marroquí existen algunas narraciones del papel del Ejército de liberación en la contienda, entre las que destaca la de Bensaid Ait Idir (*Safabat min malhama Yaych al Tabrir bi-L-yanub al-magribi*, Casablanca 2001). Pero ninguna obra ha contrastado las dos bibliografías española y marroquí para construir un relato histórico objetivo.

<sup>3</sup>Para un análisis detallado, véase Barona Castañeda 2004.

<sup>4</sup>Partido de Unidad Nacional Saharai, fundado por la administración española cuyo secretario general fue Jalihenna Uld Rachid. En mayo de 1975 éste marchó a Marruecos abandonando la dirección del partido. Años más tarde, en 2006, sería encargado de la presidencia del CORCAS (Consejo Real Consultivo para los Asuntos del Sahara) por el rey Mohamed VI.

<sup>5</sup>En 1975 la Dirección General de Promoción del Sahara y el Instituto de Estudios Africanos (pertenciente por entonces al CSIC) publicaron el libro *El Sahara como unidad cultural autóctona. Comisión hispano-saharai de Estudios Históricos y Culturales*, en el que se defendía esta tesis.

<sup>6</sup>Sobre estas provincias se replegaron además muchos de los saharais exiliados del territorio tras la guerra de 1957.

<sup>7</sup>Una excelente descripción de este momento puede encontrarse en el libro de Francisco Villar *El Proceso de autodeterminación del Sáhara*, Fernando Torres Editor. Valencia, 1982.

<sup>8</sup>Director de la revista *Souffles*. Años después, el 4 de julio de 2005 publicó en *El País* el artículo “Marruecos, enfermo del Sahara”.

<sup>9</sup>Sobre estos acuerdos y su contexto político Juan María Portillo Puertas escribió un sugerente análisis en su tesis doctoral titulada “El papel del gas natural en las relaciones hispano-argelinas”.

<sup>10</sup>Seudónimo de Mohammed R’guibi, publicó su experiencia en libros como *Un Sabraoui révèle* (1983), *Mercenaires d’un pays imaginaire*(1984), y *Le Sahara occidental ou la sale guerre de Boumediene* (1990), entre otras obras dedicadas a las relaciones hispano-marroquíes o argelo-marroquíes.

<sup>11</sup>Entre otras, en la Mesa Redonda “Resolving Regional Conflicts: The Western Sahara and the Quest for a Durable Solution” ,en el Woodrow Wilson Center (Washington 6 de noviembre de 2013), junto a Anna Theofilopoulou y Marina Ottaway.

<sup>12</sup>Cabe añadir en esta lista a Abdellah Tourabi, con su editorial de la revista *Telquel* (nº 687 del 9 al 15 de octubre de 2015) titulado “Le Sahara, cause ou tabou?”.

<sup>13</sup>Concretamente Noam Chomsky en un debate publicado por *Democracy Now!* (17 de febrero de 2011). Ver [http://www.democracynow.org/2011/2/17/the\\_genies\\_are\\_out\\_of\\_the](http://www.democracynow.org/2011/2/17/the_genies_are_out_of_the) . Un artículo mío publicado en el diario *El País* (“El Sahara Occidental en el nuevo tiempo árabe”, 30 de mayo de 2011) apuntaba en esa misma dirección.

---

## Bibliografía

- Barona Castañeda, Claudia. *Los hijos de la nube: estructura y visicitudes del Sahara español desde 1958 hasta la debacle*. Madrid: Cuadernos de Langre, 2004. Impreso.
- Ait Idder, Bensaid. *Safabat min malhama Yaych al Tabrir bi-l-yanub al-magribí*. Casablanca: Al-Manchurat al-muwatina, 2001. Impreso.
- Benchemsi, Ahmed y Mehdi Sekkouri Alaoui “Au cœur du Polisario.” *Telquel* 329 (2008): s.p. Internet.
- Cordero Olivero, Inmaculada, y Encarnación Lemus López. “La cuestión del Sahara: una visión desde el ‘Quai d’Orsay’.” *Ayer* 99 (2015): 123-48. Impreso.
- Daoud, Zaky. *Maroc. Les années de plomb 1958-1988. Chroniques d’une résistance*. Houilles: Mémoire de la Méditerranée-Éditions Manucius, 2007. Impreso.
- Daddah, Ould Mokhtar. *La Mauritanie Contre Vents Et Marées*. París: Karthala, 2003. Impreso.
- El Messaoudi, Amina. “Conformidad de la iniciativa marroquí de autonomía en el Sahara con las normas y estándares internacionales en materia de autonomía.” *Estudios de Deusto* 61.1 (2013): 393-412. Impreso.
- “El Sahara español y los territorios vecinos” Alto Estado Mayor. Documento 1186. Fundación Francisco Franco. Impreso.
- Goytisolo, Juan. “La izquierda española, los nacionalismos magrebí y el problema del Sahara. I.” *Triunfo* 693 (1976a): 46-51. Impreso.
- Goytisolo, Juan. “La izquierda española, los nacionalismos magrebí y el problema del Sahara. II.” *Triunfo* 694 (1976b): 40-45. Impreso.
- Goytisolo, Juan. “El Sahara y la izquierda española” *Triunfo* 702 (1976c): 22-25. Impreso.
- Hernández, Moreno Ángeles. *Sahara: Otras Voces*. Málaga: Editorial Algazara, 2001. Impreso.
- El Uali, Mustafa Sayed “Nueva Palestina en el Sahara.” Trad. Rita Baddou. *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*. 4 (2008): n.p. Internet.
- “Informe del Secretario General sobre la situación relativa al Sáhara Occidental.” Naciones Unidas. Consejo de Seguridad. Informe S/2000/683. Impreso.
- “Informe del Secretario General sobre la situación relativa al Sáhara Occidental.” Naciones Unidas. Consejo de Seguridad. Informe S/2003/565. Impreso.
- Larbi Messari, Mohamed. “Interview.” *La Nouvelle Tribune*. 1 April. 2001. n.p. Internet.
- Laroui, Abdallah. *Marruecos, Sáhara ... (diarios 1974-1981): Pensamientos De La Mañana*. Trad. Bernabé López García, Gonzalo Fernández Parrilla, Malika Embarek López. Córdoba: Almuzara, 2015. Impreso.
- López García, Bernabé. “Sahara-Marruecos: el miedo a la autonomía.” *Política Exterior* 139 (2011): 38-46. Impreso.
- Martín Beristain, Carlos. *Los Otros Vuelos De La Muerte: Bombardeos De Población Civil En El Sáhara Occidental*. Bilbao: Hegoa, 2015. Impreso.
- Moha, Eduardo. *Un Sabraoui Révèle*. París: A. Michel, 1983. Impreso.
- . *Mercenaires D'un Pays Imaginaire*. París: Albatros, 1984. Impreso.
- . *Le Sahara Occidental, Ou, La Sale Guerre De Boumédienne*. París: J. Picollec, 1990. Impreso.
- Ottaway, Marina. “Morocco: ‘Advanced decentralization’ meets the Sahara Autonomy Initiative.” *Wilson Center. View Points* 27 (2013): 1-6. Impreso.

Torres García, Ana. *La guerra de las arenas. Conflicto entre Marruecos y Argelia durante la Guerra Fría (1963)* Barcelona: Edicions Bellaterra, 2012. Impreso.

---. "Consideraciones sobre el encuentro en Barajas (1963): Una ocasión perdida para las relaciones hispano-marroquíes." *Hispania* 73.245 (2013): 817-44. Impreso.

Serfaty, Abraham. "Les fondements historiques de la lutte de libération nationale du peuple sahraoui et sa cristallisation de 1955 à 1976." *Dans les prisons du roi. Ecrits de Kénitra sur le Maroc*. París: Messidor, Editions Sociales, 1992. 170-85. Impreso.

Yata, Ali. *Le Sahara Occidental Marocain*. Casablanca: Editions Al Bayane, 1982. Impreso.

